

Las paradojas del capitalismo

Es la relación con lo no-económico
lo que le falta a la ciencia económica”

Edgar Morín

Las paradojas del capitalismo

Por Maria J, Regnasco

El capitalismo es hoy, fuera de duda, un sistema económico, social, político y cultural extendido por todos los continentes. La llamada "globalización" no es sino la característica final de un proceso que culmina en la economía informatizada, y que opera a través de una red computarizada de producción y distribución.

La pregunta que debemos hacernos, entonces, es cómo se ha llegado a esta situación. No desde una cronología de hechos, sino desde un análisis de la estructura del capitalismo.

¿Qué es el capitalismo?

El capitalismo global sigue en principio las leyes que rigen la dinámica del capital desde sus orígenes.

Es evidente, en primer lugar, que es un orden económico-social en constante cambio. Pero ese cambio posee una lógica interna desde la cual se genera un proceso de autoorganización por el que, a partir de sus propias tensiones y contradicciones, se articula un sistema autoexpansivo que hoy asume una dimensión transnacional.

Este dinamismo proviene de su función intrínseca: la producción de más capital. Su objetivo prioritario es autorreproducirse.

A diferencia de la simple riqueza, el capital no es tal si no circula constantemente, si no produce más capital.

El oro de los incas no se convirtió en capital hasta que no fue introducido en el circuito dinámico de la economía europea. Podría tener un valor simbólico, ritual, ser símbolo de prestigio, pero eso no es capital.

Pero esta dinámica expansiva no hubiera alcanzado escala planetaria sin la estrecha vinculación de la lógica capitalista con la racionalidad tecnocientífica.

Que el capitalismo es un sistema dinámico implica a su vez que es un proceso, y a su vez que ese proceso tiene una lógica.

¿En qué consiste esta lógica?

Decíamos que el capital, para ser tal, debe generar ganancia. Una producción de objetos de uso que no implique ganancia conformaría una economía no capitalista. Por ejemplo, la economía de equivalencia, propuesta a nivel teórico por los economistas H. Dieterich Stefens y A. Peters como alternativa al sistema capitalista. A un nivel empírico, podríamos ejemplificar con los sistemas de trueque, de los que, a un nivel muy reducido, hemos tenido alguna presencia en nuestro país recientemente.

Esta diferencia de sistemas económicos nos lleva a distinguir entre: valor de uso y valor de cambio.

El valor de uso corresponde concretamente a la función utilitaria de los productos. No puede considerarse como fin directo del capitalismo.

El valor de cambio se refiere al proceso de compra-venta, y convierte los productos en mercancías.

La tendencia del capitalismo es la *conversión universal en mercancía*, Esto es, la categoría *mercancía* invade todos los aspectos de la vida. La salud, la educación, el conocimiento, toman la forma de mercancías.

Normalmente, el capitalismo se vale del valor de uso como vehículo para el valor de cambio. Sin embargo, en el caso del capital financiero, el capital se reproduce y amplía prescindiendo del valor de uso.

Mediante el cobro de interés, de compra-venta de acciones, bonos, etc., el dinero, mero símbolo del valor, se convierte en un valor por sí mismo. De mero símbolo del intercambio, se cosifica, convirtiéndose en algo deseable por sí mismo. A este proceso se lo conoce con el nombre de *fetichización*. El dinero se conviene en fetiche.

El *dinero*, afirma el economista Juan Torres López, *en lugar de ser un instrumento para, facilitar el intercambio, se ha convertido en un objeto mismo de intercambio. En este mundo no hay libertad, en realidad, nada más que para que circulen los capitales y el dinero. Porque para que los seres humanos salten de una frontera a otra deben sortear grandes dificultades*.⁸⁹

El capital financiero representa actualmente el 90 % del capital circulante, situación que se convierte en fuente de grandes desequilibrios y de conflictos. La forma y velocidad en que este capital financiero circula actualmente por los sistemas informáticos, mediante una serie de complejas transacciones en que el dinero ni siquiera se apoya en un soporte material (metal o papel), ha generado una economía "intangible", "hipersimbólica".

El capital, por consiguiente, no es tal si no genera ganancias, y al hacerlo convierte todo lo que alcanza en "mercancía" (aún el mismo dinero, de símbolo de intercambio, adquiere el carácter de mercancía).

Ahora bien: no hay capital sin ganancia. Pero ¿de dónde sale la ganancia? ¿Cómo se genera?

Para explicar la generación de ganancia, nos valdremos de un ejemplo imaginario, simplificando los múltiples términos de un proceso muy complejo.

Supongamos que un carpintero produce mesas, y que el costo de producción de cada mesa sea de 100 pesos (calculando el costo de la madera, clavos, energía, mano de obra, etc.).

¿Cómo obtiene este carpintero su ganancia? De forma inmediata, se tiende a responder:

- Muy simple: si el costo de producción de la mesa es de 100 \$, el carpintero la venderá, por ejemplo, a 130 \$, obteniendo 30 \$ de ganancia por unidad.

Pero sucede, además, que el capitalismo es un sistema de productores, basado en un mercado en competencia. Esto es, no hay un solo carpintero que produce mesas, sino varios.

El carpintero número 2, que también produce mesas, hace el siguiente cálculo: no vende sus mesas a 130 \$, sino a 120, contentándose con una ganancia menor, pero con la esperanza de generar más ventas.

Ante esta situación, el carpintero número 1 reaccionará a su vez con una ganancia menor: venderá sus mesas a 110 \$. La ganancia será menor, pero no correrá el riesgo de quedarse con un stock de mesas sin vender.

El productor nro. 2 se apresurará a su vez a fijar el precio en 105 \$ y este juego continúa ...

⁸⁹ Véase: Entrevista a Torres López. J., (Clarín. 23/6/2002)

Este ejemplo sencillo muestra lo siguiente:

- El precio y la ganancia se generan no en un solo acto de compra-venta, sino en un proceso temporal.
- En este proceso, se enfrentan varias empresas que compiten en el mercado,
- Este proceso, inexorablemente, disminuye el margen de ganancia ("Ley de hierro del capitalismo": la disminución de la tasa de ganancia).

La competitividad del mercado tiende a equilibrar el costo de producción con el precio de venta, y cuando esto ocurre, ya no hay ganancia.

Es evidente que la ganancia no proviene meramente de un sobreprecio.

¿Cómo obtendrán ganancias nuestros carpinteros?

¿Qué harán entonces los empresarios de nuestro ejemplo?

¿Qué han hecho en el transcurso de la historia del capitalismo?

Obviamente, no fijar un sobreprecio, sino bajar costos. ¿De qué forma?

- Obtener materias primas más baratas (el sistema colonial, generado desde el siglo XV, cumplirá, entre otras, esta función).
- Reducir personal y salarios
- Aumentar la productividad (más rapidez, más producción y menos capital invertido)

Pero esto no bastaría. Hará falta:

- Introducir tecnología: automatizar mediante maquinaria la producción: de este modo producirá más mesas, a menor costo, más rápidamente, con menos mano de obra. En efecto, la inversión en tecnología no se justificaría si no fuera acompañada por la producción en serie, masiva, de grandes cantidades de productos, por lo que necesariamente este sistema conduce a la expansión.

El menor margen de ganancia que dejará cada mesa producida se compensará con creces por la gran cantidad de mesas a vender.

Esto implica, sin embargo, crear un mercado masivo para sus mesas.

Este mercado masivo, a su vez, impulsa a:

- publicitar
- diversificar (mesas redondas, de colores, ratonas, de escritorio, etc.)
- Crear nuevas necesidades para que aquellas personas que ya poseen los productos sigan consumiéndolos (modas, marcas). Lo que supone, por consiguiente, crear simultáneamente satisfacción / insatisfacción en un juego permanente. Es así que la sociedad de consumo se irá articulando como consecuencia de este proceso.
- Dar facilidades de pago: créditos, préstamos.
- Externalizar gastos (por ejemplo, no contabilizar como gasto la contaminación que generen).

Pero esta ventaja que implica la automatización para el empresario nro. 1 se desvanece cuando el empresario nro. 2 también automatiza su producción.

Cuando esto ocurra, ambos productores habrán llegado nuevamente a un estado de equilibrio que vuelve a bajar los precios.

En la medida en que los capitalistas introducen las máquinas y la innovación se generaliza, vuelven a encontrarse en la misma situación anterior. Por lo que, para alcanzar una nueva ventaja, están obligados a introducir más tecnificación, más velocidad, más producción.

Es así como, al llegar a una situación de equilibrio entre productores, desaparece la ganancia.

Las grandes ganancias se producen entonces al incorporar nueva tecnología, y sólo en la primera etapa, al iniciarse una nueva generación de mercancías, después de la cual los precios bajan rápidamente.

Este proceso se ha reducido actualmente a sólo un año y medio.

Bill Gates lo expresa claramente:

En la industria de las computadoras personales la innovación señala el camino al éxito.

...He aquí la razón de que tanto las máquinas como los programas mejoren con tanta rapidez, en tanto los precios bajan rápidamente... Si no nos mantenemos al ritmo impuesto por la tecnología y el mercado, pronto perderemos toda relevancia...⁹⁰

La consecuencia de este proceso es una "guerra" por el liderazgo que no puede detenerse, una lógica de la aceleración fuera de control, donde el compromiso entre el capital y la tecnología pone en evidencia una única esfera de intereses en juego.

Las palabras de Bill Gates exponen crudamente la autonomización del proceso productivo y la incondicionalidad con la que las decisiones humanas quedan adheridas a este proceso.

A su vez, esta expansión hace de las políticas nacionales rehenes de la exigencia expansiva de las transnacionales y de los centros financieros.

Expansión y concentración

Esta dinámica convierte al capitalismo en un proceso expansivo y acelerado, un sistema ultra-tensionado, que por su propia estructura no puede estabilizarse. Por ello, el proceso de capitalización exige constantemente romper el equilibrio.

Por otra parte, durante este proceso, puede ocurrir también que:

- Una (o varias) de las empresas competencia no pueda resistir esta desenfrenada carrera, y quiebre.
- Las empresas enfrentadas, en vez de competir, se fusionan (*cartels*, corporaciones, transnacionales, etc., son sus formas actuales)

Por lo tanto, además de 1) la expansión,

2) la aceleración,

esta dinámica conduce a

3) la concentración de poder económico

A su vez, estas grandes corporaciones económicas presionarán sobre la política en forma de *lobbies*, y distintas formas de ejercicio del poder.

Esta dinámica conduce entonces a una enorme concentración de poder económico-político, en que la política tiende a degradarse a una función del mercado.

Este proceso ha tomado actualmente la forma de la globalización.

Para tener una idea de la magnitud de la concentración de poder que este proceso genera, veamos algunos ejemplos, en que las grandes corporaciones superan, en peso económico, a muchos países:

- General Motors factura por año 161 mil millones de dólares, el equivalente a toca la economía de Dinamarca.

⁹⁰ B.Gates, "Innovaciones sin pausa", en Clarín, secc. "Informática", Buenos Aires, 4 de febrero de 1998.

- Daimler Chrysler, con 154 mil millones de dólares, supera el PNB de Noruega, de 151.000 millones de dls.
- Ford. (144,4 mil millones de dólares de facturación anual), supera a Sudáfrica
- Walt Mart. (139 mil millones de dólares de facturación anual) supera el PNB de Polonia (124.000 millones de dólares)."⁹¹

Las empresas transnacionales generan las dos terceras partes del comercio y controlan un tercio de toda la riqueza mundial.

La tendencia a la concentración de poder se agudiza cada vez más.

El reflejo social de este fenómeno de concentración de poder económico se manifiesta en lo que los sociólogos han dado en llamar la "sociedad dual": centros de riqueza rodeados de suburbios de miseria.

Canalización de objetivos inconscientes

A veces se tiende a explicar esta tendencia a la concentración de poder económico considerándola como la consecuencia de la ambición y la codicia humanas. Se trata, sin embargo, de una explicación psicologista que no tiene en cuenta el proceso real.

Evidentemente, este proceso moviliza las tendencias y aptitudes humanas que lo favorecen.

No hay duda de que hay en el mundo tendencias hacia la ambición de poder y el éxito económico. Pero lo característico del capitalismo, como observa Heilbroner, es que no podría prescindir de estas tendencias.⁹²

En este enfrentamiento entre competidores, Heilbroner cree descubrir también un "componente bélico". La búsqueda por el éxito en la producción de ganancias satisface algunos objetivos inconscientes que en otras épocas encontraban canalización en la gloria militar o la majestad personal".⁹³

No debe pensarse, sin embargo, que la competitividad exacerbada, la búsqueda frenética del éxito, y el afán de ganancias sean características inherentes a la naturaleza humana. Menos aún, que todas las sociedades hayan valorado estos rasgos en forma positiva.

Por el contrario, muchas sociedades humanas han condenado tradicionalmente el afán desmedido de riquezas, o el egocentrismo competitivo.

Más aún, el sistema capitalista, para constituirse como tal, tuvo que invertir la escala de valores por la que, durante miles de años, se rigieron las comunidades tradicionales.

En efecto, textos como La Biblia, Los Evangelios, o cosmovisiones como la budista, o muchas de nuestros pueblos aborígenes, condenan el egoísmo, el afán excesivo de ganancias, y promueven la solidaridad, la austeridad y el espíritu comunitario.

La preocupación por una pacífica convivencia social ha constituido la base de las normas morales, por lo que los códigos éticos de las comunidades humanas han contenido siempre disposiciones que procuran limitar los excesos.

⁹¹ Fuente: Diario Clarín, Secc. Economía, 26/8/99 (Periodista: Ana Alé)

⁹² Heilbroner. El capitalismo del siglo XX, Barcelona. Península, 1996, pg. 80

⁹³ Heilbroner, El capitalismo del siglo XXI, Barcelona, Península, 1996., pg. 39

Tradicionalmente, se hablaba de "vicios" (los "pecados capitales") y de "virtudes".

Pero con el surgimiento de las tendencias capitalistas, comienza un proceso que culminará en una verdadera inversión valorativa.

En primer lugar, la Reforma protestante, con Calvino, convirtió el amor por el lucro y el éxito económico, en un signo de gracia divina. A diferencia del cristianismo de los evangelios, en que el hombre se salva o se pierde por sus actos, según el calvinismo, los hombres están predestinados a salvarse o perderse ¿Cómo elaborar la angustia que produce el no saber si es elegido por Dios para la salvación? Ante esta situación, el hombre buscará intensamente signos de la gracia. Se tenderá a interpretar, entonces, el éxito económico como un signo de salvación. Por ello, esta creencia se convirtió en la primera etapa del capitalismo en un poderoso motor para los nuevos burgueses en su afán por acumular capital. Al mismo tiempo, el capitalismo naciente adquiere una legitimación moral y religiosa, frente al anterior descrédito del afán de lucro⁹⁴.

En el siglo XVIII, Adam Smith comienza a usar, en vez de "pecado", "pasión" y "vicio", términos más moderados, tales como "ventaja" o "interés". Pero, además no encontró contradicción entre el interés egoísta y el interés común. La formulación de A. Smith de la "mano invisible", considera que los hombres, aunque persigan su propio interés, generan inconscientemente el bienestar social. Sin embargo, A. Smith considera necesario frenar el egoísmo excesivo, y adhiere al principio cristiano del amor al prójimo, reconociendo en su obediencia la perfección de la naturaleza humana.

En cambio, los ideólogos del capitalismo liberal no tienen ningún reparo en convertir el egoísmo en una virtud, y hasta llegan a interpretar el altruismo y la solidaridad como "defectos incompatibles con la libertad, el capitalismo y los derechos individuales". Este juicio lapidario se debe a Ayn Rand, una de las ideólogas del neoliberalismo, uno de cuyos libros se titula, abiertamente: *The virtue of selfishness (La virtud del egoísmo)*.⁹⁵

El neoliberalismo sostiene una concepción mecanicista de la sociedad y de la economía.

Así como en la física newtoniana se concibe a la materia compuesta de átomos regidos por las leyes de la física, el neoliberalismo considera a la sociedad según este modelo, también compuesta de "átomos": los individuos - regidos por las leyes del mercado. El postulado de la mano invisible" de A. Smith sostendrá entonces que, de la misma manera que en el mercado entran en competencia las empresas en la sociedad lo hacen los individuos. Según el postulado de la "mano invisible" cada uno persigue su interés egoísta, pero, al chocar con los intereses de los restantes individuos., mecánicamente surgiría el equilibrio, generándose así, en forma espontánea, no deliberada ni consciente, el bienestar general. De este modo, para el neoliberalismo no hace falta la regulación de la ética o del Estado en la economía, ya que, según sus postulados, el mercado se regula por sí mismo, por las leyes de la oferta y la demanda y de la competencia.

Si la economía es una ciencia, debe someterse a la verificación empírica. Y lo que se verifica, no es una regulación mecánica de los mercados, sino una enorme

⁹⁴ Para un desarrollo más amplio de este tema, cfr. Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Ed. Sarpe, 1984

⁹⁵ Para un desarrollo de este tema, ver: Moyano Llerena, C., *El capitalismo del siglo XXI*. Bs. As., Sudamericana, 1996, cap. 4.

concentración de poder, rodeada de marginalidad. En efecto, como ironiza George Soros, "en vez de comportarse como un péndulo, los mercados se comportan como una bola de demolición".⁹⁶

Es necesario y urgente establecer las condiciones para que los principios de la solidaridad, el amor al prójimo, el interés comunitario, vuelvan a regir en la sociedad.

Este, sin embargo, es un gran desafío. ¿Son compatibles estos valores con la enorme concentración de capital, con la expansión exponencial del capital financiero, con los criterios economicistas que invaden actualmente la toma de decisiones en la mayoría de los asuntos privados y públicos?

Creemos, como insistiremos en forma constante, que la necesidad de límites es una condición de posibilidad para que los principios éticos no pierdan vigencia.

Resurgimiento de los valores solidarios

En la actualidad, hay claros indicios de una reacción contra el exceso de individualismo, así como un rechazo a los criterios neoliberales sobre la supremacía de la lógica del mercado por sobre los valores sociales y los principios éticos, como normas regulativas de la sociedad.

El individualismo extremo, la atomización de la sociedad, están dejando lugar cada vez con más energía a los valores solidarios.

Los seres humanos no sólo son sociables por naturaleza, sino que su sociabilidad aumenta su potencialidad humana y moral. El tejido social, las redes de apoyo comunitario, lejos de disminuir la individualidad, la sostienen y enriquecen. La pertenencia a una comunidad y la formación de un "nosotros" es una instancia fundamental de la comprensión que cada uno tiene de sí mismo.

Sin embargo, estos espacios de la solidaridad y la asistencia humanitaria tienen lugar, por lo general, más allá del marco de la dinámica de lo económico o de la estructura estatal. Se organizan en redes solidarias, comedores comunitarios, ayuda a los niños y discapacitados, y en una serie de organizaciones no gubernamentales (ONG). Falta mucho para que esta ética de la solidaridad constituya una forma de organización económica, política y funcional que abarque los distintos espacios de la vida comunitaria.

Aun cuando incluso muchas empresas destinan cantidades considerables de dinero a organizaciones de ayuda y a fines altruistas, lo hacen separando ese monto de dinero de las operaciones del mercado. Es como si se aceptara como un postulado dogmático que las ganancias empresariales no tienen por finalidad el bien social. En reservar parte de esa ganancia a acciones solidarias, una vez sustraídas de la lógica del mercado. Y se soporta como algo "natural" la deshumanización de esa lógica mercadotécnica.

También crecen los círculos de "simplicidad voluntaria", formados por quienes no solo están preocupados por el impacto de la sociedad de consumo sobre el medio ambiente, sino que buscan formas de gratificación personal en la amistad, la familia, en el arte, la lectura, el deporte, antes que en los artículos de lujo o los símbolos de status⁹⁷.

⁹⁶ Cfr. Soros, G., *La crisis del capitalismo global*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999

⁹⁷ Para un desarrollo más extenso de este tema, cfr. Etzioni, Amitai, *La nueva regla de oro- Comunidad y moralidad en una sociedad democrática*, Barcelona, Paidós, 1999.

Origen del capitalismo

Para comprender cómo surge el capitalismo, debemos remontarnos en la historia:

La caída del Imperio Romano (siglo IV), significó la ruptura de un sistema centralizado, administrado y unificado, y Europa entra en un proceso de dispersión y desintegración.

Lo que reemplazó al Imperio fue un sistema fragmentado en feudos señoriales, un mosaico de ciudades aisladas, un enorme territorio sin una administración jurídica unificada.

Como sistema económico, el feudalismo es un sistema de autosubsistencia.

Prácticamente la totalidad de las necesidades de cada feudo son satisfechas mediante una producción local. El comercio es esporádico, y alcanza solo a aquellos productos escasos, como la sal, las especias, o los artículos suntuarios.

A partir del siglo IX caravanas de mercaderes, acompañados de una guardia armada para defenderse de los ataques imprevistos de asaltantes de camino, comienzan un comercio que, en principio, era una actividad marginal a la economía feudal. Pero poco a poco este comercio se va amplificando, y ya en el siglo XIV, los comerciantes se van agrupando en "burgos", asentamientos urbanos que, en sus comienzos, constituyen algo así como un "quiste" en el sistema feudal, pero un quiste necesario.

En efecto, la circulación de dinero que genera el comercio produce una clase de burgueses enriquecidos, y más tarde banqueros, a los que los señores feudales recurrían para solicitar préstamos, sobre todo para solventar guerras.

Estos burgos van generando una administración separada del feudo, y que entra en conflicto con él. Con el crecimiento de la burguesía, y la circulación monetaria que generan el comercio, las manufacturas y la administración jurídica, se va tejiendo un nuevo orden socio-económico diferente del feudal.

A finales del siglo XVII la clase burguesa afianza su poder político, y para fines del siglo XIX es ya la fuerza dominante en el mundo.

Con el surgimiento de la burguesía cambia no sólo el orden económico, sino el orden social, político y cultural. La burguesía desarrolla también un nuevo orden jurídico, y se transforman sustancialmente las relaciones en el mundo del trabajo.

El feudo era un sistema económico agrario, basado en una red de servicios. El señor feudal, en rigor, no es el propietario del territorio, sino un "feudatario", un administrador que, a cambio del servicio de defensa, obtiene el privilegio del usufructo de la producción de la tierra, pero quienes la trabajan son los siervos. Los siervos, a su vez están ligados a la tierra. Esta situación significa para los siervos simultáneamente limitación de su autonomía, (no pueden abandonar el feudo libremente), pero al mismo tiempo protección, pues no pueden ser expulsados de la tierra si ésta llega a ser expulsados de la tierra si ésta llega a ser conquistada por otro señor. No se les paga, sino que entregan al señor una gran parte de sus cosechas, y se quedan con una mínima parte para su subsistencia.

Es decir, el señor feudal se queda con una parte de la producción, otra parte (un diezmo), corresponderá a la Iglesia, y una pequeña parte a los siervos.

Este modelo dará lugar, bajo el capitalismo, a un sistema en que un capitalista dueño de los medios de producción, contrata obreros, a los que les paga un salario por su tiempo de trabajo, y mantiene la propiedad de la totalidad de la producción que los obreros generan. El obrero, por consiguiente, no debe estar, como el siervo, atado a la tierra, debe ser jurídicamente "libre" para vender su fuerza de trabajo en el mercado,

aunque, en rigor, al no tener bienes ni posesiones con que subsistir, se ve forzado al trabajo asalariado por la necesidad de sobrevivir.

Para que estas transformaciones económico-jurídicas tengan lugar, debió también cambiar la apreciación del trabajo mismo en la sociedad.

La nobleza no trabaja. Su ocupación en la guerra y, en tiempos de paz, prefería gastar en fiestas, cacerías y diversiones el dinero que obtenía de las rentas de la tierra.

Al ser una actividad propia de los siervos, artesanos y comerciantes, el trabajo no era valorado como una actividad digna del *status* de los nobles.

En el siglo XIII, en la época de Alfonso el Sabio, se dictó una ley por la cual perdía su honor todo caballero que "osara trabajar". Recién en 1783, el rey Carlos III de España declara por real cédula que "no es deshonoroso trabajar".⁹⁸ Esta historia nos muestra las profundas transformaciones sociales, culturales y mentales que acompañaron el desarrollo del capitalismo, en un proceso recursivo en que estas instancias son a la vez producto y productoras de las demás.

Al habernos olvidado de su génesis, los conceptos, valoraciones y situaciones que hoy manejamos y entre los que se desenvuelve nuestra vida nos parecen obvios y naturales, pero han sido la consecuencia de procesos históricos sumamente complejos.

El trabajo es para el ser humano no sólo un medio para procurarse los bienes necesarios para la vida. Es una instancia de desarrollo personal, de creatividad y despliegue de capacidades y aptitudes.

Además, configura una importante fuente para establecer lazos y redes sociales, promoviendo la cooperación y la ayuda mutua.

Pero las relaciones jurídico-contractuales bajo las que se organiza el trabajo bajo el capitalismo cambian el concepto de trabajo, que no es visualizado como tal cuando se realiza fuera de la mediación del dinero.

Así, por ejemplo, el trabajo de un ama de casa no es valorado como tal. Se considera que estas mujeres "no trabajan". En cambio, la misma actividad realizada por una empleada de una empresa de limpieza, se considera un trabajo, por ser remunerado.

Lo que surge en el sistema capitalista es el "trabajo abstracto", medido en horas hombre.

Esta diferencia sustancial en las relaciones entre el trabajador y el capitalista explica al mismo tiempo una característica definitoria del proceso de capitalización: el capital es trabajo acumulado, pero en un proceso que consiste en trabajo social y acumulación privada.

Además de las tierras explotadas en la producción agrícola, existían en el sistema feudal las tierras "comunales", donde los campesinos pobres podían asentar sus cabañas y cultivar la tierra para subsistir.

Pero durante el siglo XVI, en Inglaterra sube el precio de la lana, como consecuencia del desarrollo del comercio. Los señores feudales se apropian por la fuerza de estos terrenos, destinándolos a la cría de ovejas, mediante los "cercamientos", y expulsando a los campesinos, o bien pagándoles un precio irrisorio por la apropiación de los campos. Los "cercados" fueron aprobados por el Parlamento, creando una pobreza masiva. Estos campesinos expulsados serán los primeros obreros de las manufacturas, donde los bajos salarios, las tareas repetitivas derivadas de la división del

⁹⁸ Cfr. Clarín, 18/3/1994

trabajo, y los extensos horarios multiplicaron la miseria, y fueron la contrapartida proceso de acumulación capitalista.

Es entonces que el proceso de acumulación genera simultáneamente riqueza y miseria como efectos del mismo proceso.⁹⁹

A su vez, como vimos, en las grandes ciudades, el lucro pasó de ocupar un lugar sospechoso y periférico a convertirse en objeto de estima y motor de la actividad económica.

Es así el comercio, las manufacturas, y más adelante las grandes industrias, bajo el capitalismo generan nuevas relaciones jurídicas, administrativas y políticas. Este nuevo orden económico, social y político está en franca contradicción con el orden feudal. El choque entre estos dos sistemas dará lugar a la serie de revoluciones burguesas que conmocionaron Europa durante los siglos XVII y XVIII. La revolución francesa de 1789, que pone fin a la monarquía de Luis XVI, se convirtió en el signo más representativo de los alcances de este conflicto.

El capitalismo y el surgimiento de los Estados nacionales

Es así que el surgimiento del capitalismo necesita un mercado unificado bajo nueva ordenación administrativa y jurídica, lo que dio nacimiento a los Estados Nacionales modernos.

La producción capitalista en expansión necesitaba una base administrativa de promoción y protección, una base jurídica que garantizara los derechos de propiedad y una política exterior para extender sus mercados.

Esto no lo podía hacer dentro de una estructura feudal.

Por ello, el capitalismo necesitó revolucionar la estructura social, política y cultural, lo que implicó la creación de los Estados Nacionales modernos.

A esto se agrega el desarrollo de centrales de energía, vías de comunicación, ferrocarriles, líneas de navegación, correos, etc.

Nada de esto se hubiera logrado sin la acción de los poderes públicos.

A su vez, el Estado genera un nuevo mercado: el ejército y sus demandas dan un poderoso impulso a la economía capitalista.

El Estado, con sus funcionarios, sus ejércitos, su política exterior y sus empresas coloniales, su moneda, y su sistema de impuestos, fue el contexto necesario e imprescindible para el dinamismo capitalista. Sin esta infraestructura, el capitalismo no hubiera podido operar ni expandirse.¹⁰⁰

El Estado, a su vez, implica un territorio delimitado por fronteras, dentro de las que ejerce su soberanía.

Pero actualmente, bajo la globalización, la expansión de las actuales empresas transnacionales entra en conflicto con los límites territoriales. Los actuales mecanismos de decisión de estas empresas rebasan el control de los Estados naciones, aún cuando las empresas siguen demandando la protección estatal.

⁹⁹ Cfr. Heilbroner, R., *El capitalismo del siglo XXI*, Barcelona, Península, 1996, pg.48

¹⁰⁰ Cfr. Hobsbawn, E., *En torno a los orígenes de la revolución industria*, Madrid, Siglo XXI, 1998, pgs. 55 y ss.

También: Hintze, O., *Feudalismo y capitalismo*, (recopilación de G. Oestereich), Barcelona, Alfa, 1987

El capitalismo de base mercantil se transformó en otro de base industrial y nacional, y actualmente informático y multinacional. Si bien el capitalismo supone la creación del Estado-nación, la expansión capitalista superó muy pronto los límites políticos y geográficos. En menos de doscientos años, desde 1700 a 1900, tomó el poder en toda Europa, y en los cincuenta años siguientes extendió su dominio en el resto del mundo. desde el siglo XV, el sistema colonial arrasó con las culturas nativas, e impuso el poder del capital hasta en las regiones más apartadas.¹⁰¹

Con la globalización, las empresas transnacionales implican una red de producción, investigación y comercio extendidas por muchas naciones:

La compañía Chrysler, una empresa americana, fabrica su coche de más éxito en Canadá. La Honda, japonesa, posee sus plantas industriales en los estados Unidos, Pepsi-Cola posee plantas de fabricación y distribución en un centenar de países, la lista continua...

Este modelo transnacional de producción genera enormes tensiones entre el sistema económico y el sistema político. Los gobiernos nacionales carecen, en general, de los recursos legales para regular la economía transnacional, y tampoco se generaron las instituciones internacionales capaces de hacerlo.

Tendencia a la concentración de capital

Ahora bien, el eje central de la estructura capitalista, el mercado libre, se apoya dos grandes postulados liberales: la iniciativa privada y la mecánica reguladora de la "mano invisible". Adam Smith crea esta metáfora en el siglo XVIII, que sostiene que, al perseguir su propio interés, el individuo promueve el bienestar de toda la sociedad. Adam Smith no puede evitar caer en la tentación de confiar en que ambos principios, - iniciativa privada y mercado libre- , bastan para regular el equilibrio del sistema capitalista.

Hoy se hace explícito que la "mano invisible" opera en la forma opuesta a la esperada. De hecho, su efecto se dirige a la máxima concentración de capital, y no hacia el equilibrio y el bienestar espontáneo.

La concentración de capital es enorme: 350 empresas transnacionales hegemonizan la práctica económica del siglo XX. Este fenómeno de concentración desequilibra de tal modo las fuerzas económicas que entran en competencia que ya resulta ingenuo hablar de libre mercado.

Es así como este proceso genera dos subsistemas: el de las grandes empresas, que emplean tecnología en gran escala, y transnacionalizan la producción buscando abaratar los costos, y el de las pequeñas empresas.

Las primeras tienen la capacidad de minimizar los riesgos del mercado, cosa que no pueden hacer las segundas, Cuanto más importante sea la empresa, mayor será su influencia sobre el Estado, la sociedad y el consumidor.

La teoría neoclásica, por el contrario, concibe un único tipo de empresa, aplicable tanto al almacenero de la esquina como a Exxon, General Motors o IBM.

Esta simplificación remite a una mistificación del mercado como regulador y equilibrador económico.

¹⁰¹ Cfr. Regnasco, M.J., *El imperio sin centro - La dinámica del capitalismo global*, Bs. Aires, Biblos, 2000.

Dieterich Stefens señala a su vez que alrededor del 40% del llamado “comercio mundial” no consiste sino en operaciones internas entre las filiales de las empresas transnacionales.

El 87% de las empresas transnacionales pertenece al grupo G-7. Sus ingresos combinados son el 50% mayor que el PBI estadounidense, y diez veces mayor que el PBI América Latina.

A su vez, la globalización es la era de las megafusiones. La fórmula para lograr competitividad esta asociada a grandes economías de escala y a alianzas estratégicas que permiten enfrentar las incertidumbres del mercado.

Fusiones en los últimos años:

- Exxon y Mobil, las dos grandes petroleras de EE. UU., por 178.000 millones de dólares. (1998)
- Bancos: Citicorp y The Travelers Group: por 80.000 millones de dólares. (1998)
- National Bank y Bank America: crea el banco más grande de EE. UU. (1998)
- Daimler Mercedes Benz y Chrysler: produce la quinta automotriz del mundo (35.000 millones de dólares.) (1998)
- General Motors compró el 20% de Fiat (198.000 millones de dólares.) (2000)
- AOL, líder de Internet, con Time Warner, dueño de las cadenas televisivas CNN HBO y TNT, entre otros activos, fusión por 105.000 millones de dólares. (2001)

Sector petroquímico:

- Hoechst, de Alemania y la francesa Rhone Poulenc: negocios por 20.000 millones de dólares.

En Argentina:

- Pérez Companc compra el 60% de Molinos (400 millones de dólares), y La Paulina (lácteos), por 100 millones.
- Exxel Group compra los supermercados Tía y Norte. (Facturación: 3.000 millones de dólares. - 123 locales).
- Repsol adquiere el paquete mayoritario de YPF

Los analistas señalan esta tendencia a la concentración como la regla de tres, al advertir que tres empresas gigantes terminan al menos con el 60% del mercado de una línea de productos:

- Nike, Adidas y Reebok dominan el mercado del calzado deportivo
- Mc. Donald's, Burger King y Wendy's dominan el de las hamburguesas.

Irónicamente, estas megafusiones acercan la economía de libre mercado a la economía de planificación centralizada.

Uno de los objetivos de las es bajar costos y reducir actividades que se superponen, para lograr más competitividad. La fusión del Bank Boston y del Fleet Financial Group significó una baja del 5% en la cantidad de empleados, lo que equivale a 59.000 puestos de trabajo.

Esta tendencia significó ya 650.000 desempleados en la economía norteamericana.

Esta enorme concentración de capital y tecnología necesita un orden político mundial que a su vez convierta a los Estados nacionales en órganos gerenciales, sin fines política, meros transmisores y ejecutores de las decisiones de los grandes centros financieros.

La sociedad de la información

El proceso de expansión del capitalismo, como hemos visto, exige la automatización de la producción, y, en su última etapa, la informatización.

En la economía global la productividad ya no es función del trabajo sino del saber tecnocientífico. La tecnociencia es la principal fuerza productiva, por lo que el compromiso entre el capital y el conocimiento científico es estructural.

Esto supone una reconversión en la naturaleza del saber. El conocimiento objetivo, desinteresado, neutral, no tiene lugar en este sistema. Lo que interesa es la productividad del saber. Este conocimiento es el principal potencial productivo y el eje de la competencia mundial por el poder.

Toffler anuncia: las guerras de este siglo se librarán por el acceso y el control del conocimiento tecnocientífico.¹⁰² Esto ya es visible en la guerra por las patentes, en especial en la nueva esfera de la biotecnología.

Se ha dado el nombre de "sociedad del conocimiento" o "sociedad de la información", a este nuevo modelo socio-económico. La globalización es su manifestación estructural.

Un imperio sin emperador

La palabra "imperio" arrastra connotaciones históricas que vinculan los grandes momentos imperiales (Imperio Romano, Imperio británico, etc.) con conquistas territoriales.

El imperialismo fue caracterizado por Vladimir Illich Lenin como la última etapa del capitalismo y vinculado a la explotación y al colonialismo.

Por oposición, los ideólogos neo-liberales vinculan la globalización como fenómeno ligado al desarrollo de los medios de comunicación, a la red informática y a la apertura de los mercados, por lo que la describen como un modelo democratizante.

Por ello, es interesante observar cómo un operador del sistema financiero internacional, George Soros, que conoce desde adentro los resortes del poder, no duda en comparar el sistema capitalista global con un imperio.

En *La crisis del capitalismo global*¹⁰³, Soros afirma que, como un imperio, este sistema gobierna toda una civilización, pero no es un imperio territorial, y carece de los símbolos y rituales de la soberanía. La soberanía de los estados que pertenecen a él son un resabio y un estorbo a su poder e influencia. Esto, señala Soros, se cumple aún en el caso de Estados Unidos.

Este imperio, sin embargo:

- No es territorial. Su expansión no es geográfica, La versión actual del sistema capitalista global tiene un carácter casi totalmente extraterritorial
- Es casi invisible. La mayoría de sus súbditos ni siquiera saben que están sometidos a él, si bien reconocen que están sometidos a fuerzas impersonales que no comprenden.
- Su función es económica, pero a medida que se expande penetra en otras áreas que antes se consideraban ajenas a la economía, como la cultura, la política y la educación.

¹⁰² Cfr, Toffler, *El cambio del poder*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996, cap, 1

¹⁰³ Cfr, Soros, G., *La crisis del capitalismo global*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, cap. 6, pgs, 133-137

- Sin embargo, para Soros, a pesar de su no territorialidad, el sistema tiene un centro y una periferia. Hacia el centro fluyen los capitales, y las reglas del juego benefician al centro.
- Pero ese centro no está delimitado geográficamente. Podría ser Nueva York o Londres, o Tokio, pero también cualquier paraíso fiscal.
- Para Soros, por lo tanto, el imperio tiene un centro.

Imperio, pero sin centro:

¿En qué sentido puede hablarse sin embargo, de un imperio sin centro?

- En primer lugar, por la configuración de las empresas transnacionales que utiliza todo el planeta como un solo lugar de producción y circulación del capital financiero. En estas empresas, los capitales provienen de diferentes países. Puede asombrarnos saber que empresas con capitales argentinos también configuran grupos transnacionales poderosos (Grupo Pescarmona, por ejemplo, Grupo Arcor)
- Pero, en general, las fuerzas de esta colosal expansión transnacional son en gran medida anónimas y difíciles de identificar, y su dinámica expansiva se despliega fuera del alcance de la capacidad de planificación y de control de cualquier persona, institución o Estado nacional.
- Al hablar de falta de centro, me quiero referir a la carencia de un centro desde donde se tomen decisiones deliberadas y autónomas.
- En este sentido, ni los políticos, ni los altos ejecutivos de las grandes transnacionales poseen un real poder de decisión, sino un "simulacro de poder". De hecho, su gestión es exitosa sólo si se pliega a esta dinámica y la promueve, pero no podemos hablar de actos que provengan de un centro de poder. El verdadero poder recae en la lógica del sistema. No hay un centro desde donde emerjan decisiones autónomas.
- La política no conduce los acontecimientos.
- Soros ha acuñado la expresión "fundamentalismo de mercado", para referirse a esta prepotencia de un sistema que no admite regulaciones nacionales ni internacionales que puedan frenar su expansión. Para Soros esta situación es tan grave, que no duda en pronosticar: "lo que predigo es la desintegración inminente del sistema capitalista global".¹⁰⁴
- Los estados, los políticos, los altos ejecutivos, son rehenes de un engranaje cada vez más implacable y de su poder de coacción. Quienes detentan el poder de decisión no hacen más que plegarse a esta dinámica y reproducirla.

Las paradojas del capitalismo de mercado

1 - La negación de sus propios postulados

La imposibilidad de equilibrio

Ahora bien, el capitalismo global atraviesa por una profunda crisis.

En primer lugar, la dinámica capitalista se ha desplegado desde siempre por la necesidad de contrarrestar una ley de hierro de la economía de mercado: la disminución de la tasa de ganancia.

Ya los economistas del siglo XIX sabían que el proceso de capitalización implica una carrera inaudita en que los capitalistas están obligados a una desenfrenada

¹⁰⁴ Soros, G., op.cit. pg. 134.

aceleración tecno-productiva a fin de escapar al equilibrio entre el costo de y el precio de los productos, al que inexorablemente conducen las fluctuaciones del mercado.

La expectativa de los ideólogos liberales del siglo XVIII era que el mecanismo de la "mano invisible" y de la competencia equilibrarían las fuerzas que entran en juego.

En efecto, si se considera el sistema como un proceso temporal, a la larga, efectivamente el mercado equilibra precio y valor, es decir, - pensemos en las palabras de Bill Gates - la competencia hace bajar los precios, por lo que el precio de una mercancía termina coincidiendo con el costo de producción.

Pero para que los mercados se comporten de esta manera el sistema capitalista debería renunciar a su propia esencia, es decir, a la autogeneración de más capital, en otras palabras, debería renunciar a la "maximización de las ganancias"

Por ello, el proceso de capitalización exige romper constantemente este equilibrio, si lo cual no habría ganancias.

En otras palabras, el mercado es un sistema que obliga inexorablemente al capital a violentar sus propios postulados

Esta es la primera paradoja del capitalismo. De esta manera, contrariamente a lo que pregonan sus ideólogos, los monopolios, las corporaciones, la protección estatal, los subsidios, la elusión impositiva, las megafusiones, no son distorsiones del mercado sino sus formas clásicas y permanentes.

Así. mientras EE. UU. y los países de la Unión Europea exigen la apertura económica, protegen su industria agrícola con subsidios por 360.000 millones de dólares. EE. UU. acaba de anunciar otro subsidio a la industria del acero, elevando los aranceles a la importación de acero desde otros países.

También sucede que la disminución de la tasa de beneficio - que no necesariamente supone reducción de los volúmenes absolutos - y la necesidad de neutralizar estas contradicciones internas se tradujo, además, en el desplazamiento de capitales hacia áreas temporalmente más rentables, especialmente hacia espacios ajenos a la producción de bienes, por ejemplo, el tráfico de drogas (que representa un volumen de aproximadamente 500.000 millones de dólares), la inversión en la industria bélica, (la venta de armas es hoy el negocio más rentable: mueve 900.000 millones de dólares.) y los préstamos internacionales a altas tasas de interés.

Son las estrategias regulares y constantes de este juego, lo que conduce inexorablemente a la concentración de poder económico-político y no al equilibrio.

Utilizando una metáfora de George Soros, en vez de conducirse como un péndulo regulador de equilibrio, el mercado actúa como una bola de demolición.¹⁰⁵

2 - La paradoja de la sociedad de consumo

Una situación paradójica define la sociedad de consumo: la inversión de medios y fines. La producción responde a las exigencias propias del dinamismo del aparato productivo. Las necesidades se generan en función del aumento de producción, valorado como fin en sí mismo. Podríamos decir que se ha generado una nueva industria: la producción de necesidades a nivel industrial.

Uno de los primeros en llamar la atención sobre este fenómeno fue John K. Galbraith.

¹⁰⁵ Cfr. Soros, Op. Cit.

Galbraith llama "efecto dependencia" al hecho de que en la sociedad de consumo las necesidades, lejos de ser la motivación originaria de la producción, son un efecto derivado de ésta.

*A medida que la sociedad se va volviendo cada vez más opulenta, las necesidades van siendo creadas cada vez más por el proceso que las satisface [...] Los productores pueden actuar de una forma activa. creando las necesidades a través de la publicidad y técnica de ventas [...] Las necesidades vienen así a depender del producto [...] De acuerdo con esta tendencia, los desembolsos que se realizan para la fabricación de un producto [...] no son más importantes que los que se efectúan para elaborar la demanda de ese producto.*¹⁰⁶

En efecto: para dar un ejemplo, se pagó más por la participación de Claudia Schiffer en la publicidad del Citroën Tzara que lo que se gastó en producir el propio automóvil.

Este fenómeno pone de manifiesto la ambigüedad del concepto de "necesidad". En efecto, una vez satisfechas las necesidades elementales, no hay límites para lo que el hombre puede llegar a desear.

"Se concede así al productor tanto la función de fabricar los productos como la de elaborar los deseos que se experimentan por ellos".¹⁰⁷

El concepto de necesidad se convierte en el pretexto para una nueva forma de manipulación del hombre: "el verdadero control se ejerce sobre el deseo" (Portnoff-Gaudin, op.cit).

Como observa Baudrillard, no hay necesidades sino porque el sistema las necesita. El hombre no se halla en forma abstracta frente a sus propias necesidades. En el límite cuando esto ocurre - casos extremos de supervivencia - el hombre se encuentra temporalmente fuera de todo sistema social. Por el contrario, no es sino por un sistema de signos y símbolos que el consumo adquiere carácter imperativo.

Asistimos a una suerte de "astucia de la razón tecnológica" (actualizando la famosa expresión de Hegel): se nos persuade a desear individualmente aquello que la dinámica del sistema productivo exige. De tal manera, el sistema puede disimular su carácter autoritario bajo la apariencia de las libres decisiones de sus miembros.

Se instaure así, a través del consumo, una nueva forma de ejercicio del poder. Esta nueva forma de poder no requiere de la imposición autoritaria ni de la represión despótica. "Sutilmente, sin violencia, irá filtrándose en los individuos, trabajando detenidamente sus anhelos, condicionando su imaginación, controlando su pensamiento, hasta lograr una profunda identificación de los fines, las aspiraciones y las valoraciones personales con los de la estructura del aparato productivo".¹⁰⁸

Unido al ritmo acelerado de los avances tecnológicos, que vuelve obsoletos sus productos a poco de producidos, la multiplicación incesante de las necesidades conduce necesariamente a la frustración, generando un estado de ánimo contrario al bienestar que se intenta lograr. La producción de insatisfacción, es por lo tanto, funcional al sistema, que se recicla en un torbellino incesante con la promesa nunca lograda de satisfacción y felicidad.

¹⁰⁶ Galbraith, J. F., *La sociedad opulenta*, México, Artemisa, 1968, pg. 202,

¹⁰⁷ Portnoff-Gaudin: La revolución de la inteligencia. Informe sobre el estado de la técnica, Fraterna, 1988, pg 337.

¹⁰⁸ Regnasco, M.J., *Crítica de la razón expansiva - Radiografía de la sociedad tecnológica*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pg. 29. También cfr. cap.: Racionalidad, legitimación Y poder.

“Muy pronto, los líderes empresariales se dieron cuenta de que, para lograr que la gente "quisiese" cosas que nunca antes había deseado, deberían crear la figura del “consumidor insatisfecho” (Rifkin). El "evangelio del consumo" reemplaza rápidamente a la tradicional moral del ahorro y la austeridad.”¹⁰⁹

El control social se realiza en gran medida a través de los objetos de consumo y de las estrategias del deseo. Se trata de saber qué es lo que consumimos a través de los objetos y de las marcas. En efecto, a través del acto mismo del consumo, el consumidor interioriza el orden tecno-económico-político de la sociedad.

El vacío político es ocupado por la estrategia empresarial, que se presenta como benéfica otorgadora de servicios, de bienestar y felicidad. A su vez, el vacío de la falta de sentido de la vida experimentada por el individuo aislado, cuya vinculación social se ha fracturado, es llenada por los signos de pertenencia configurados por la publicidad. Por medio de signos externos, el individuo conseguirá adquirir una provisoria identidad.

De este modo, para llegar a constituirse como objeto de consumo, el objeto debe constituirse en signo, en función de una identificación fetichista operada a través de las marcas.

3 - Externalización de gastos

La tercera paradoja es que el mecanismo de mercado no cumple ajustadamente con la medición de los costos económicos de producción, como exigiría la ciencia económica.

En efecto, no contabiliza como gastos el deterioro del medio ambiente, la destrucción de la biodiversidad, los costos sanitarios relativos a enfermedades causadas por la contaminación y la radiación, los costos de limpieza por la cantidad de basura producida por los desechos industriales y de la sociedad de consumo. Estos gastos no son asumidos por las empresas. Simplemente, son externalizados a la sociedad, al Estado y a los particulares.

Así, como señala Al Gore¹¹⁰, cuando una empresa forestal tala medio millón de hectáreas de bosque, el dinero obtenido por la venta de la madera se contabiliza como ganancia, pero la paulatina desaparición del bosque no figurará en ninguna de las variables contables de la empresa. Simplemente, se la considera irrelevante.

Esta misma tergiversación está presente en los cálculos del PNB de los países, con el agravante de que el criterio para el cálculo de ese PNB es fijado por la comunidad internacional, bajo la supervisión de la ONU, cada veinte años.

Al Gore no duda en calificar de arrogancia intelectual la incapacidad de la teoría económica de incorporar en los costos la externalización de gastos. Al Gore evalúa como *ciega, irracional, distorsionante, obtusa, irresponsable*, entre otros adjetivos, a la ciencia económica, por su negativa a revisar este criterio.

Sin embargo, la enorme inercia de los intereses en juego se pone en evidencia cuando advertimos que ni Al Gore, a pesar de su investidura cuando fue vicepresidente del Estado más poderoso del planeta, pudo revertir esta situación por él mismo denunciada.

¹⁰⁹ Rifkin, J., *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

¹¹⁰ Gore, A., *La tierra en juego*, Barcelona, Emecé, 1993, cap. 10,

Cifras sobre gastos externalizados: los contribuyentes de EEUU desembolsaron en la década del '90 más de 360.000 millones de dólares para el control de la contaminación.

Además hay que considerar como externalizaciones los desórdenes económicos y sociales, el desempleo, la delincuencia, lo que implica gastos en seguridad social, subsidios por desempleo, o bien cárceles, que absorben los ciudadanos con los impuestos.

De allí que el papel del Estado queda cada vez más reducido a dos funciones: al gerenciamiento a nivel político de los grandes grupos económicos y a hacerse cargo de las desastrosas consecuencias sociales de la economía.

4 - Imposibilidad de realización del modelo

4. a — Inviabilidad

Efectivamente, el modelo económico no tiene en cuenta el medio ambiente. Un informe secreto elaborado por el Pentágono, silenciado por el Departamento de Defensa de EE. UU., y obtenido por el diario *The Observer*, advierte que los cambios climáticos de los próximos 20 años podrían generar una catástrofe mundial.

El documento predice que los cambios climáticos abruptos, producidos fundamentalmente por la contaminación industrial, constituyen una amenaza a la estabilidad del planeta que "eclipsa ampliamente la amenaza del terrorismo."

"Los cambios climáticos deben dejar de ser sólo un debate científico para convertirse en un problema de seguridad nacional estadounidense", considera el informe.¹¹¹

Pero el modelo económico que se promueve es incompatible con el equilibrio ecológico y con los límites de recursos del planeta.

El concepto de "desarrollo sustentable", desde el cual se intenta débilmente establecer nuevos parámetros, no ha sido convenientemente definido ni precisado, para poder enmarcar desde él las políticas económicas.

El modelo de desarrollo económico de EE.UU. y del Grupo de los 8, esto es, el modelo capitalista de mercado, se impone como el único modelo para los países en vías de desarrollo. Pero se pasa por alto la inviabilidad de este modelo a escala mundial.

En primer lugar, porque el planeta no podría soportar la presión energética y ecológica de dos países que tuvieran las características de EE. UU.

Con el 6 % de población mundial, EE. UU. gasta 1/3, o 33% de la energía mundial.

Aunque EE. UU. cuenta con 225 millones de habitantes, sus necesidades energéticas equivalen a las de 22.000 millones de individuos.

Los países ricos poseen la cuarta parte de la población del planeta, pero consumen el 70% de la energía mundial, el 75 por ciento de los metales, el 85 % de la madera y el 60% de los alimentos. Estos países producen el 75% de la contaminación mundial.

Sólo se podría extender este nivel de vida a un 18 % de la población mundial sin dejar nada en absoluto al 82% restante (Herman Daly).

Estos países pueden mantener este ritmo desmesurado a condición de que los demás países mantengan en un índice muy bajo su nivel energético y su nivel de contaminación.¹¹²

¹¹¹ Ver: Clarín, 24/2/04 - fuente: Marck Townsend Y Paul Harris, *The Observer*, especial,

¹¹² Cfr. Rifkin, J., *La economía del hidrógeno*, Bs. Aires, Paidós, 2002.

También hay que mencionar que Estados Unidos es, en rigor, un Estado bélico, un verdadero Estado guerrero con una infraestructura bélica sin precedentes.

En efecto, el Departamento de Defensa de EE. UU. absorbe el 90 % del presupuesto de investigación aplicada en ingeniería eléctrica, el 88 % en investigación informática, el 30 % de los matemáticos y físicos.¹¹³

Esta política responde al hecho de que la superioridad tecnológica es el factor central de la hegemonía militar y política.

Rifkin considera que las proporciones de este complejo militar-industrial son tales que, si constituyera una nación separada, el Pentágono representaría la decimotercera potencia mundial.¹¹⁴

Y actualmente, como respuesta a la amenaza terrorista, Bush ha anunciado el aumento en el presupuesto de defensa en 460.000 millones de dólares, sin contar el costo de futuras operaciones en Irak y Afganistán. Para tener una idea de lo que significa esta cifra: representa 321 veces más que el presupuesto de UNICEF para la ayuda humanitaria a la infancia.

4. b - Energías renovables:

Esta situación no la resuelven tampoco las energías alternativas (sol y energía eólica). Los países industriales actuales, tanto capitalistas como socialistas, organizaron su economía y sus instituciones en base a la utilización de flujos de energía no-renovable, que implica una muy alta concentración de capital y de infraestructura industrial, sin prever su agotamiento.

El fin de la era de la energía no-renovable implicará cambios muy profundos en la economía, en la vida cotidiana y las instituciones.

La transición a la era solar significará una tarea monumental de re-planteos para toda la civilización.

En primer lugar, el gasto energético que implica la actual sociedad de consumo no podrá ser suministrado por la energía solar o eólica, que son energías no-concentradas, y que implicarán una descentralización de la infraestructura económica, industrial y urbana.

La gente, incluso los ecologistas, creen que la era solar será igual que la actual, sólo que más limpia. Nada más alejado de la realidad (Rifkin).¹¹⁵

La sociedad, la economía y el estilo de vida de la era solar deberá ser austero y descentralizado.

La energía solar que se utiliza actualmente es aún parasitaria de las energías no-renovables.

4. c- Crisis del modelo desarrollo:

Lo que vemos, en primer lugar, es que este modelo no es exportable. Sin embargo, se quiere imponer por organismos tales como el FMI como el único posible.

Lo que no se quiere admitir es que el subdesarrollo es una consecuencia de la implementación de este modelo, que se imprime a presión sobre sociedades, culturas,

¹¹³ Cfr. Castells, M., *La ciudad informacional*, Madrid, Alianza, 1995, pgs. 336-426.

¹¹⁴ Cfr. Rifkin, J., *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996, pg. 55.

¹¹⁵ Cfr. Rifkin, J., *La economía del hidrógeno*, Bs. Aires, Paidós, 2002.

tradiciones, negando lo que estas pueden aportar, y considerándolas simplemente como "resistencias al cambio", que hay que erradicar para que el modelo neocapitalista pueda funcionar.

El subdesarrollo no es sólo una herencia del atraso, es también el producto de la implementación forzada del modelo de desarrollo occidental fuera de las condiciones históricas, culturales y tecnológicas de los países centrales.

El desarrollo del subdesarrollo es la consecuencia direecta o indirecta del desarrollo de las zonas industriales avanzadas (E. Morin).¹¹⁶

E. Morin advierte lúcidamente lo que los políticos y economistas se niegan a admitir: el subdesarrollo no es sólo la sombra del pasado, que el crecimiento industrial y tecnológico pronto dejaría atrás, sino un subproducto inevitable de ese mismo crecimiento.

Por lo tanto, es la misma idea de desarrollo la que está en crisis.

Porque el capitalismo, como afirma Heilbroner, crea simultáneamente riqueza y miseria como caras de un mismo proceso. El efecto más visible de este proceso es la sociedad dual: un núcleo amurallado de opulencia rodeado de población marginal, "superflua". La sociedad del siglo XXI se asemeja cada vez más al paisaje feudal.

A su vez, Christian Comelian, profesor del instituto Universitario de Estudios del Desarrollo (Ginebra), y de la Escuela de Altos Estudios Sociales (París), afirma:

La pretensión del crecimiento ilimitado como objeto de desarrollo, medido en términos meramente cuantitativos, es insostenible. Una población que no tiene suficiente alimentación debe crecer. Pero hay que pensar en lo que está ocurriendo en los países ricos, donde tenemos una forma de vida marcada por una especie de locura del consumo. que no aumenta ni la felicidad de la gente, ni el bienestar, ni el equilibrio social, ni la viabilidad política de las sociedades. Ahí tenemos que cambiar.

Es necesario reconocer definitivamente la imposibilidad de un criterio único de gestión del desarrollo. Pero es precisamente un criterio único, el de la maximización del lucro y del poder, el que impone el sistema de la modernidad neoliberal.

Y este analista se pregunta: ¿desarrollar qué y para quién?¹¹⁷

4. d — El impulso acelerador¹¹⁸

Desde sus orígenes, la lógica del capital conduce a un dinamismo que no puede estabilizarse. La aceleración es la consecuencia de un sistema cuyo funcionamiento requiere romper constantemente cualquier equilibrio.

El impulso acelerador puede verificarse en cientos de ejemplos espectaculares: si lo medimos en términos de energía, la mitad de toda la energía consumida por el hombre durante los últimos dos mil años lo fue en el curso del último siglo.

¹¹⁶ Morin, Edgar, "El desarrollo de la crisis del desarrollo, en AA.VV., *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, 1977.

¹¹⁷ Entrevista a Ch. Comelian, Clarín, 30/1 1/2003.

¹¹⁸ Para este tema, ver: Rifkin, *Las guerras del tiempo*, Bs, As., Sudamericana, 1989; también Toffler, *El shock del futuro*, Barcelona, Plaza & Janes, 1995.

Cfr. también: Regnasco, M.J., Artículo en la revista Cultural Ñ, Sección Opinión (8/1/2005) del diario Clarín: "La lucha por el control del tiempo".

Si lo medimos en términos de consumo, en las sociedades hiperindustrializadas la producción de artículos de consumo y de servicios se duplica cada quince años, período que se acorta cada vez más.

Pero la tendencia aceleradora tiene su manifestación prominente en la velocidad de los transportes. Sólo en mil seiscientos años antes de Cristo, con el invento del carro pudo elevarse la velocidad de los medios de transporte a treinta kilómetros por hora. Ni siquiera la primera locomotora a vapor, fabricada en 1825, superó esa marca. Su velocidad era de sólo veinte kilómetros por hora. Recién en 1880 una nueva locomotora alcanza 150 kilómetros por hora.

Sin embargo, bastaron sólo cincuenta y ocho años para cuadruplicar ese límite. En 1938 los aviones superaron los seiscientos kilómetros por hora. Y en la década del 60, aviones cohete alcanzaron casi seis mil kilómetros por hora, y los satélites, 35 mil kilómetros por hora.

Pero la aceleración no es un simple ritmo más rápido, sino que tiene efectos sobre el mismo sistema.

En primer lugar, afecta a la toma de decisiones. Esto vale para los individuos, las empresas o los gobiernos. En la sociedad de la información, que vive a ritmo ultrasónico, no hay tiempo para la reflexión, ni para el análisis a fondo de las decisiones que se deben tomar. *Si no puedes moverte a la velocidad de la web, estás fuera del negocio* - se aconseja a quienes deben tomar decisiones - *Si empiezas a pensarlo todo ... es tarde*.¹¹⁹ Es así como las decisiones se toman con criterios coyunturales, perdiendo de vista la programación de una estrategia, de un proyecto.

En palabras de Toffler: *Si uno no desarrolla una estrategia propia, uno se convertirá en una parte de la estrategia de otro... La ausencia de estrategia sólo está bien si a uno no le importa dónde va*.¹²⁰

Y este es el problema. No hay ninguna dirección, ningún objetivo que dirija el proceso. Su único fin es su propia expansión.

Es por eso que el impulso acelerador está fuera de control. Las decisiones de los políticos, de los ejecutivos de las transnacionales, se acomodan a la lógica del tecnocapitalismo, a la aceleración de los procesos, a la unidad temporal de las computadoras. Aún entre aquellos individuos que ocupan puestos políticos o gerenciales no oímos más que declaraciones acerca del poder de coacción de los ritmos del mercado.

Los hombres se sienten arrastrados por la dinámica tecnológica y por la lógica productivista como antiguamente por el capricho de los dioses o los designios de la Providencia.

Como afirma E. Morin, la lógica de la máquina artificial toma el control de lo que no es mecánico. Sus criterios de valor: eficiencia, calculabilidad, especialización rígida, cronometrabilidad, surgieron primero en la industria, pero han invadido todas las esferas de la vida.

En especial, las nociones de economía, de desarrollo, de trabajo, tal como se han impuesto, obedecen a esta lógica y la expanden por el planeta.

¹¹⁹ Cfr. Jericó, Pilar, *Gestión del talento*, Prentice Hall, Editorial Financial Times, 2002 20

¹²⁰ Cfr. Entrevista a Toffler, A., *La Nación*, sección "Enfoques", 1/10/2000

El impulso acelerador conduce a una lucha por el control del tiempo. La idea de ahorrar y comprimir el tiempo se imprimió fuertemente en la civilización occidental y se difundió por el mundo.

- Comenzó con la aceleración de los tiempos de la fábrica, a partir de la automatización de la producción, la división del trabajo y la línea de montaje.
- Luego se aceleraron los ritmos del trabajo humano, cronometrizando hasta la décima de segundo los movimientos musculares de los obreros para adecuarlos al ritmo de las máquinas, bajo el taylorismo.
- Continuó con la frenética eliminación de los tiempos muertos, la robotización y la informatización de los procesos de producción.
- Y culminó con la aceleración de los procesos de crecimiento naturales de plantas y animales, a través de la utilización de hormonas y antibióticos, y de los procesos de biotecnología actuales.

El ritmo frenético de producción y consumo ha superado los ritmos de la naturaleza, agotando los ecosistemas. La aceleración productiva no da tiempo a la naturaleza a renovar las reservas y a reciclar los residuos. De este modo, el empeño por ahorrar tiempo provoca la eliminación del futuro.

Hasta la era moderna, el concepto del tiempo reconoció una relación íntima entre los ritmos de la vida económica y social y los ritmos de los ecosistemas de la tierra. Nuestro organismo es parte de la naturaleza y está adaptado a sus ritmos, la salida y puesta del sol, los flujos de las mareas y los cambios de las estaciones.

Pero el despliegue de la civilización industrial requiere una orientación totalmente nueva. El marco temporal que hemos creado nos vincula con la dimensión temporal cuantitativa y acelerada de los artefactos mecánicos y los impulsos eléctricos. El tiempo se transforma en utilidad pura.

Aunque instrumento mecánico, todavía el reloj mide el tiempo con relación a la percepción humana. Podemos percibir en nuestra conciencia un minuto, un segundo, una décima de segundo.

Pero la computadora introduce una nueva perspectiva temporal: su unidad de medida es el nanosegundo, que representa la mil millonésima parte de un segundo. Nunca antes el tiempo había sido organizado sobre la base de una velocidad que superara el nivel de la conciencia.¹²¹

No sólo el ritmo del trabajo se transforma, también el de la distracción y el esparcimiento. En los videojuegos la velocidad es implacable. El ritmo pertenece a la máquina.

El ritmo electrónico representa la abstracción final del tiempo y su separación completa de la experiencia humana. Su réplica psicológica es el efecto de transitoriedad, de desorientación, de anomia. Expuesto a un vértigo constante, el sujeto vive en un estado permanente de tensión e inestabilidad.

Pero el nuevo marco temporal de nuestra era también se aleja de la conciencia histórica. La aceleración disuelve la historicidad e instaura la instantaneidad. La temporalidad deja de ser un transcurrir que conserva un sentido para disgregarse en una serie de datos cuyo interés no perdura más allá del tiempo de su emisión. No se puede

¹²¹ Cfr. J. Rifkin, *Las guerras del tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, cap. I.

organizar la memoria en una continuidad significativa, y por lo tanto no puede estructurarse una identidad, ni personal ni cultural.

La idea de proyectualidad histórica se disuelve frente a la rapidez de los acontecimientos.

La historia se transforma en mera información, sin memoria, sin proyecto, sin contexto, y, por lo tanto, sin significado.

Al carecer de proyecto, al no producir más que decisiones sin reflexión y sin marco conceptual, la globalización informatizada navega a la deriva.

5 - El sistema tecnoeconómico está fuera de control

Hemos visto que la lógica interna de la mecánica del mercado es la exigencia de expansión y concentración ilimitada, que en este momento toma las dimensiones de un Imperio.

Para los ideólogos del liberalismo de los siglos XVII y XVIII esta expansión se interpretó bajo el concepto de progreso, confiando en que el crecimiento económico, industrial y tecnológico sería el motor del aumento de libertad, moralidad y democracia.

Pero sobre todo, el eje inspirador de esta filosofía del progreso estaba en la idea de dominio y control sobre la naturaleza y el universo.

El hombre deja de experimentarse como formando parte del tejido de la vida. Descartes (siglo XVII) confirma claramente la vocación del hombre moderno de convertirse en *dueño y señor de la naturaleza*.

El método científico es valorado como el nuevo instrumento mediante el cual los procesos naturales, políticos y sociales podrán ser calculados, previstos y planificados.

Para los ideólogos de la Modernidad nada puede quedar fuera del control racional.

La naturaleza se reduce a sus aspectos medibles, calculables y controlables, a una simple "suma de recursos", una "gigantesca estación de servicio".

Bacon (s. XVI - XVII) afirma que el destino del hombre, su ambición más elevada, es la de dominar el universo.

La razón se convierte en voluntad de poder y de dominio. Se reemplaza la búsqueda de la verdad por la búsqueda de la eficiencia, el comprender por el dominar.

Sin embargo, en la culminación de este proyecto de dominio, seguridad y control nos encontramos con una inversión de los resultados.

En efecto, las fuerzas de esta colosal expansión transnacional se despliegan fuera del alcance de la capacidad de planificación y de control de cualquier persona, institución o Estado nacional o aún internacional.

Como ya hemos advertido, ni los políticos, ni los altos ejecutivos poseen un real poder de decisión, sino un "simulacro de poder". Sólo tienen éxito cuando se pliegan a esta dinámica y la promueven. Si no lo hacen, serán removidos y rápidamente reemplazados. No hay un "centro" desde donde emerjan decisiones autónomas.

- Manuel Castells, que fue profesor en la Univ. de Berkeley, California, autor de la trilogía: *La era de la información: economía, sociedad - cultura*. Actualmente radicado en Barcelona, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, consultor de la UNESCO, afirma:

Los Estados nación, aunque no han desaparecido, han perdido soberanía. [...] Pero no pueden controlar los flujos financieros globales.

Hemos creado un autómeta: el mercado financiero global.

Sólo en EE. UU., el año último, se procesaron en los mercados de acciones cerca de cien billones de dólares (son doce ceros), esto es 10 veces más que su PBI. Y en los mercados de divisas se intercambian diariamente cerca de 2,3 billones de dólares, más que el PBI de Francia o del Reino Unido. A esto se suma la turbulencia de los grandes medios globales de comunicación e información.

*Todo esto no lo decide una élite del poder ni una clase política, sino una lógica estructural deshumanizada.*¹²²

A su vez Edgar Morin, Alain, Touraine, Marc Augé, junto con firmas de Henri Atlan, Michel Camdessus, del Premio Nobel de Medicina 1965 Francois Jacob, y otras personalidades, publican:

Documento: "*Contra el saqueo del planeta*", Clarín, 7 de febrero de 2002:

"Todo esto que está en juego (el saqueo del planeta...) queda eclipsado por la economía, que ahora está globalizada y sobre la cual hemos perdido el control.

Mecánicas anónimas, creadas por nosotros, han tomado el mando... Así se halla en peligro, en el momento en que parece ganar terreno, la más bella conquista colectiva de los hombres a lo largo de los siglos: la democracia".

*"Nuestro modo de vida (el de los países aferrados al consuno y despilfarro) no es generalizable"*¹²³

6 - Disolución del espacio político:

Este proceso incide sobre la vida política, que presiona a los partidos políticos a fin de convertirlos en órganos gerenciales de las grandes corporaciones y de los centros financieros.

Asistimos a una profunda crisis de la política.

Los políticos van siendo reemplazados por los grupos de presión, por los *lobbies*, que compiten entre sí por espacios de poder. Esta lucha de intereses privados no puede conducir por sí sola a un proyecto de país.

Un proyecto común implica principios compartidos y que sobrepasen a las mezquinas perspectivas particulares.

Si se abandona esta dimensión y se reduce la política a una lucha de intereses sectoriales, el espacio político queda seriamente amenazado, pues el interés nacional y el espacio de la solidaridad no pueden ser fijados por criterios meramente productivistas ni por la mecánica de los mercados.

Dentro del modelo neoliberal, el papel del Estado queda reducido a hacerse cargo de los catastróficos efectos sociales de la desmesura economicista.

La crisis de la política conduce a su vez a la crisis del sujeto libre y autónomo, reducido a un ser que se siente arrastrado por fuerzas descomunales que no comprende.

Al perder el sentido de pertenencia a una comunidad histórica, y a un espacio ético, el hombre contemporáneo, aislado en un individualismo competitivo, manifiesta una creciente pérdida del sentido de la existencia, y se vuelve cada vez más vulnerable. El creciente consumo de antidepresivos, alcohol o drogas no puede llenar este vacío.

¹²² Reportaje a Manuel Castells, en *La Nación*, 11 de marzo de 2001

¹²³ Morin, E., Augé, M., Touraine, A., y otros: Documento: "*Contra el saqueo del planeta*", Clarín, 7 de febrero de 2002

7 - Crisis de la ética

En este juego de intereses particulares, vinculados con exclusividad al mundo de los negocios, de la expansión tecno-económica, el espacio de la ética ha sido profundamente afectado. En efecto, su función ha quedado reducida a establecer algunas regulaciones legales al avance tecnoeconómico. Sus facultades se ejercen a *posteriori* de estos resultados, cuando los hechos consumados, los intereses en juego, la promesa de enormes ganancias, no pueden admitir ningún tipo de limitación.

El espacio de la ética no debe confundirse con el espacio jurídico. Si bien es necesario establecer normas jurídicas que controlen la economía, la ciencia y la tecnología, los principios éticos deben situarse más allá de las meras regulaciones legales.

Pero, en lugar de establecer principios éticos a partir de los cuales se proyecten los procesos, la ética es arrastrada "a remolque" de los procesos económicos y de las innovaciones tecnológicas, identificando sus criterios con el éxito, la eficacia o las leyes del mercado.

Un nuevo marco para los planteos éticos

Es así que se promueve un modo de vida y de desarrollo sin medir las consecuencias.

En el Documento citado más arriba: *Contra el saqueo del planeta*, (Firmado por Edgar Morin, Alain Touraine, Marc Augé, y otros destacados intelectuales y científicos) se hace referencia a esta situación, en que la irresponsabilidad ética gana terreno, y apela a *la ética de la precaución*, abriendo un nuevo espacio ético que tome conciencia de los riesgos de las políticas económicas, tecnológicas y científicas que no se hacen cargo de las consecuencias de sus decisiones sobre el tejido social:

El principio de precaución, es decir, la sana administración anticipada de los riesgos colectivos, en particular en el caso de las incertidumbres científicas, es negado todos los días. El largo plazo, es decir, las generaciones futuras, es sacrificado.

¿Qué significa el "principio de precaución"?

Para explicar este principio debemos referirnos al alcance de la responsabilidad ética y del compromiso social. En primer lugar, supone el reconocimiento de que las técnicas e instrumentos que nos rodean no se agotan en su mera funcionalidad específica, sino que implica **una red**: un teléfono celular, para dar un ejemplo, supone una fuente de energía, antenas que irradian microondas, cuyos efectos sobre el ambiente y la salud aún no fueron investigados. Pero las radiaciones no se ven. De este modo, el uso de artefactos y tecnologías implica consecuencias no inmediatas, pero no por ello menos relevantes. Una toma de decisiones responsable, ya sea en el marco estatal, empresarial, tecno-científico o individual, debería tener en cuenta esas consecuencias a largo plazo.

Las acciones humanas pueden analizarse desde **diferentes encuadres éticos**:

- La **ética de la intención** nos hace responsables por nuestras acciones conscientes y deliberadas. Este encuadre está implícito en nuestro sistema jurídico.
- La **ética de la responsabilidad** nos pide hacernos cargo de las consecuencias negativas de nuestros actos, aún si no tuvimos la intención de que se produzcan.

Ambas éticas vinculan nuestra responsabilidad primordialmente con referencia a **acciones ya realizadas**.

- A estos encuadres podemos agregar la **ética de la precaución**, que nos pide prudencia con respecto a avances tecnológicos cuyas consecuencias son inciertas, y cuyos efectos a largo plazo son difíciles de evaluar.

En ciertos círculos tecnocientíficos, empresariales o estatales se rechaza el de precaución, alegando que se puede avanzar en una dirección mientras "no esté probado" tal efecto negativo de cierta praxis tecnológica cuestionada. A través de este argumento, por ejemplo, las empresas tabacaleras pudieron por mucho tiempo eludir juicios que vinculaban enfermedades pulmonares con el efecto de la nicotina: "no estaba probado" científicamente el efecto cancerígeno del tabaco.

Asombra este tipo de argumentación, que encierra la **falacia** denominada "**ad ignorantiam**", y sobre todo, asombra que decisores políticos, empresariales o tecnocientíficos ignoren las elementales reglas lógicas: en este caso, la que postula que no se puede admitir la verdad de una proposición únicamente sobre la base de que la verdad de la proposición contraria no esté probada.

Por otra parte, el "no está probado" como argumento para no hacerse cargo de efectos nocivos de ciertas tecnologías o productos traslada la exigencia de pruebas a las víctimas o a los sectores afectados.

El **principio de precaución** admite la **complejidad** de la realidad, de los efectos de la praxis tecno-científica y de las bifurcaciones de las acciones humanas. Implica un llamado a nuestra prudencia, a la **responsabilidad sobre el futuro** y no sólo sobre acciones ya realizadas. Se trata de tomar conciencia de los límites de nuestra condición humana.

La antigua invocación del "Conócete a ti mismo", implicaba para los griegos: "conoce tus propios límites".

La conciencia de nuestros límites, y de los límites del planeta, debería preceder a toda decisión, si es que ésta pretende proyectarse como decisión ética.

Hacia una ética de la era global

Según J. Rifkin¹²⁴, el problema que plantean nuestros actuales marcos morales, es que son demasiado lineales e individuales para poder encuadrar las conductas asociadas a las poderosas tecnologías modernas y la praxis económica de la era global, cuyos efectos son con frecuencia remotos, de gran alcance y de carácter sistémico.

Nuestra moral, recuerda Rifkin, deriva de los diez mandamientos. Normas como "no matar", "no robar", hacen referencia a acciones individuales y fácilmente identificables. También es identificable el daño causado, y es posible atribuir una responsabilidad personalizada a esta clase de actos, singulares y "concretos",

Pero una sociedad globalizada y densamente estructurada en redes tecnoeconómicas, exige un nuevo marco ético para encuadrar los daños. Se trata de un "mal difuso": *El mal difuso encuadra acciones cuyos efectos están tan alejados de las conductas que constituyeron sus causas que no existe sospecha de ninguna relación causal, no se percibe ningún sentimiento de culpa o de infracción, y no se ejerce ninguna responsabilidad colectiva para castigar el comportamiento descarriado.*¹²⁵

Podemos hablar del calentamiento global, dar estadísticas y preocuparnos por el futuro del planeta. Pero es difícil asociar el fenómeno a conductas individuales,

¹²⁴ Cfr. Rifkin, J. *El sueño europeo*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

¹²⁵ Rifkin, J., op. cit., pg. 475.

fácilmente localizables. El mal es difuso, la responsabilidad se diluye, las reglamentaciones internacionales son abstractas, y carecen de instituciones de control efectivas.

Como consecuencia, no se implementan medidas acordes con la gravedad de la situación.

También Edgar Morin hace referencia a una *ecología de la acción*, con respecto a conductas cuyos efectos se abren en redes con extremos cada vez más alejados de las intenciones de los actores sociales.

Pero este nuevo marco moral implicará la construcción de una responsabilidad social, además de la individual.

Rifkin concluye que va a llevar tiempo lograr un encuadre ético acorde con un mundo globalizado. Pero es urgente plantear este nuevo espacio para una ética global, consciente de la *comunidad de destino terrestre* (E. Morin).

La recuperación del espacio político

¿Cómo recuperar el espacio de la política? ¿Cómo reconstruir el protagonismo del Estado frente a las fuerzas anónimas de la globalización?

El primer paso será retomar la política en su dimensión filosófica.

Politeia, de donde deriva la palabra *política*, configuraba para los antiguos griegos una dimensión de la vida humana. Para Aristóteles, la política es el ámbito que permite al hombre lograr la plenitud de su realización. La política es, entonces, la culminación de la ética.

Involucra una concepción del hombre de la plenitud y de la felicidad opuesta al mero ejercicio del poder como espacio de las ambiciones personales.

En este sentido, el ejercicio de la política está ligado a la concepción del hombre como *autarkés*, aquél que actúa desde sí mismo de acuerdo a principios, y que no se deja arrastrar por las circunstancias.

La autarquía define entonces a la verdadera libertad, libertad de decisión deliberada, comprometida y responsable, muy distinta a la mera libertad de opinión o a la actualmente tan divulgada libertad del consumidor.

Porque no es libre quien meramente opina, sino quien realmente decide.

La democracia, por lo tanto, y según su etimología como *poder del pueblo*, es aquella forma de gobierno en la que los ciudadanos ejercen consciente y responsablemente el poder de toma de decisiones. La verdadera democracia es entonces el ejercicio de la auténtica libertad.

Pero la democracia implica un espacio de decisión a través de la reflexión, el diálogo y el consenso entre iguales. En una democracia, por lo tanto, no puede haber privilegios, ni grupos de presión, ni lobbies.

Pero el espacio de la democracia hay que construirlo. Esto implica un proceso largo y dificultoso. No se confunde con las presiones de los lobbies. Tampoco basta con los reclamos sectoriales.

El espacio de poder político no es equivalente a la suma de intereses privados. Habrá que construir un proyecto de Nación.

Este proyecto debe implicar:

- Volver a entender el poder como servicio, y no como habilidad pragmática para la acumulación de prebendas y privilegios.
- Establecer objetivos comunes hacia los que se canalice la acción.

- Crear las organizaciones intermedias y los canales de comunicación que garanticen la verdadera participación.
- Descentralizar los enormes conglomerados urbanos y las megalópolis implican una burocratización y una concentración de poder incompatibles con la auténtica democracia.
- Establecer la producción económica, científica y tecnológica de tal manera que beneficie a la totalidad de la población, y no solamente a sectores minoritarios.
- Volver a plantear el concepto de límite, en lugar del objetivo de expansión y concentración.

Quizá se pueda argumentar que, en países como el nuestro, que se encuentran en un pozo depresivo en que la economía está paralizada y la ciencia y la tecnología carecen de incentivos, la idea de límite pueda parecer desubicada y desproporcionada. Sin embargo, esta idea no puede ser más oportuna, como estrategia para poner límites a la injusticia, a la pobreza, a la transferencia de capitales hacia el exterior, a la especulación desmedida, que son los subproductos de un modelo global expansivo que no tolera ningún tipo de regulación.

- Pero nada de esto puede hacerse sin tener en claro desde qué concepto de hombre, sociedad, cultura, economía, educación, naturaleza y racionalidad estamos contextualizando el nuevo proyecto.

Esta discusión no es banal, pues no puede haber diálogo posible si no hay un previo encuadre acerca de estos conceptos.

Este encuadre es tanto más urgente en cuanto asistimos a una crisis civilizatoria, una crisis de la civilización tecnocapitalista que arrastra conceptos y presupuestos subyacentes concebidos hace 400 años, y que necesitan un profundo replanteo.

Alternativas futuras

Las alternativas de superación de la crisis global se orientan hacia dos direcciones:

En primer lugar, se encuentran la de quienes proponen fuertes regulaciones internacionales, buscando en el espacio de las instituciones mundiales algún freno a la desmesura de los mercados.

En esta dirección se encuentra, por ejemplo, el análisis de George Soros, que conoce desde adentro el mundo de las finanzas. Aunque Soros pronostica "la desintegración inminente del sistema capitalista global", y advierte que prosiguiendo en el delirio del "fundamentalismo de mercado" nos dirigimos literalmente hacia el abismo, aún confía en que pueden establecerse correcciones y fuertes regulaciones para que el sistema continúe funcionando.¹²⁶

La segunda alternativa abarca a quienes señalan el agotamiento del paradigma civilizatorio de la sociedad tecno-capitalista, y buscan articular un nuevo marco de referencias desde otras coordenadas. El análisis de Al Gore se orienta en esta dirección.

En *La tierra en juego*, Al Gore refiere los problemas medioambientales a la *crisis civilizatoria*. Esto significa que la crisis afecta profundamente los supuestos subyacentes, los ejes estructurales que sostienen el paradigma civilizatorio desde los comienzos del capitalismo tecnoindustrial. Este modelo ha tenido éxitos sorprendentes, pero, como hemos analizado, su carácter expansivo y su objetivo de hiperproductividad no son generalizables.

¹²⁶ Cfr. Soros, G., *La crisis del capitalismo global*, Bs. As., Sudamericana, 1999.

En este sentido, considera Al Gore, “para responder enérgicamente a una crisis se requiere un profundo replanteo de las ideas”¹²⁷

En efecto, resulta sorprendente que sigamos anclados en ideas surgidas hace más de trescientos años. Como comenta J. Rifkin, "cada vez que un hombre de es negocios, un político o un científico habla en público sobre alguna cuestión importante, es como si su discurso lo hubieran escrito los pensadores del siglo XVII".¹²⁸

Aún vivimos bajo el paradigma del siglo XVIII, creyéndonos "dueños y señores de la naturaleza", reduciendo la naturaleza a los parámetros cuantificables, extendiendo la lógica de la máquina artificial a todos los aspectos de la vida.

Ignorantes de la complejidad de lo real, "hemos alentado a nuestros mejores cerebros a concentrarse en el análisis de fragmentos cada vez más pequeños" (Al Gore).¹²⁹

Hemos restringido los criterios de la economía al aumento de productividad y la maximización de las ganancias, el trabajo a una variable contable, el individuo a un átomo aislado, la política a un juego de influencias y la ética a meras regulaciones legales.

Superar esta crisis implica, por consiguiente, un cuestionamiento profundo de nuestra idea de hombre y de su ubicación en el cosmos: volver a experimentamos como parte integrante del Planeta Tierra, re-plantear el concepto de naturaleza, de progreso, tecnología, economía, política, ética. Debemos re-definir la función de la educación, volver a asumir la complejidad de lo real y la interrelación de todos los fenómenos.

Es necesario volver a asumir la finitud humana y los límites del planeta, y, por sobre todo, reflexionar sobre la comunidad de nuestro destino terrestre.

¹²⁷ Fr. Gore, A., *La tierra en juego*, Barcelona, EMECE, 1993.

¹²⁸ Rifkin, J., Howard, T., *Entropía - Hacia el mundo invernadero*, Buenos Aires, EMECE, 1993

¹²⁹ Gore, A., op.cit., cap. 11.

Bibliografía:

- Castells, M., *La ciudad informacional*, Madrid, Alianza, 1995
- Etzione, Amitai, *La nueva regla de oro – Comunidad y moralidad en una sociedad democrática*, Barcelona, Paidós, 1999.
- Galbraith, J.K., *La sociedad opulenta*, México, Artemisa, 1968.
- Gore, A., *La tierra en juego*, Barcelona, Emece, 1993
- Heilbroner, R., *El capitalismo del siglo XXI*, Barcelona, Península, 1996
- Hintze, O., *Feudalismo-capitalismo* (recopilación de G. Oestreich), Barcelona, Alfa, 1987.
- Hobsbawn, E., *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1988
- Morin, E., "El desarrollo en la crisis del desarrollo", en AA.VV., *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, 1977
- Morin, E., Touraine, A., Augé, M., y otras firmas, documento: *Contra el saqueo del planeta*, en Clarín, 7-2-2002.
- Moyano Llerena, C., *El capitalismo en el siglo XXI*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996
- Regnasco, M. J., *Crítica de la razón expansiva - Radiografía de la sociedad tecnológica*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- Regnasco, M. J., *El imperio sin centro - la dinámica del capitalismo global*, Buenos Aires, Biblos, 2000
- Rifkin, J., *Las guerras del tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989
- Rifkin, J., *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996
- Rifkin, J., Howard, T., *Entropía - Hacia el mundo invernadero*, Barcelona, Ed. Urano, 1990
- Rifkin, J., *La era del acceso - La revolución de la nueva economía*, Barcelona, Paidós, 2000
- Rifkin, J., *El sueño europeo*, Buenos Aires, Paidós, 2004
- Soros, G. *La crisis del capitalismo global*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999
- Toffler, A., *El cambio del poder*, Barcelona, Plaza y Janés, 1992
- Toffler, A., *El shock del futuro*, Barcelona, Plaza y Janés, 1995
- Weber, M., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969